

A person and a child are standing on a rocky shore, looking out at the ocean. The person is wearing a red jacket and the child is wearing a dark jacket. They are holding hands. The sky is filled with large, white clouds, and the sun is shining through them, creating a bright glow. The ocean is dark blue with white waves crashing against the rocks. The foreground is filled with large, dark rocks.

*ECHANDO RAÍCES
EN EL MISMO PAISAJE*

Esther Lilia Leal Vera
Alex Gonzalo Arangurí Leal

*ECHANDO RAÍCES
EN EL MISMO PAISAJE*

Esther Lilia Leal Vera
Alex Gonzalo Arangurí Leal

© ***“ECHANDO RAÍCES EN EL MISMO PAISAJE”***

Autores: Esther Lilia Leal Vera
Alex Gonzalo Arangurí Leal

Editora: Esther Lilia Leal Vera
E-mail: elealveratj@gmail.com
Celular: 948790797

Dirección: Calle Las Begonias 167 – Urb. 22 de Febrero
Laredo – Trujillo – La Libertad – Perú.

Página Web: www.yotambienteamoperu.com

Primera Edición: Febrero de 2026.
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2026-02196

© **Derechos Reservados**

PRESENTACIÓN

A veces la vena artística se hereda; “Echando raíces en el mismo paisaje”, de Esther Leal Vera y Gonzalo Arangurí Leal, un libro que reúne narración, poesía y teatro, evidencia esta afirmación.

El libro se abre con “El milagro de un sentimiento”, una historia que nos habla de la etapa juvenil estudiantil, de las ilusiones, de las controversias, del amor no correspondido y esencialmente del valor de la amistad. Las ilusiones y enamoramiento masivo; nos cuenta la historia de “Querucito”, un joven que al llegar a vivir a cierto lugar, genera alboroto en las inquietas adolescentes lugareñas, no siendo correspondido por su musa inspiradora. Luego, cinco poemas de amor de juventud cantan ilusiones y esperanzas del corazón. También nos ofrece el drama “No digno de imitar”, la historia de un profesor y padre de familia, irresponsable y soberbio, bebedor e irrespetuoso.

La fábula “El carnero y el cóndor”, nos enseña que no debemos confiar en desconocidos, ni ir con ellos porque nos pueden hacer daño. “Luces y sombras”, la historia de dos seres de la sombra que intentando ser de luz entienden que hay seres de luz y de oscuridad, y que deben permanecer donde les corresponde para mantener el equilibrio entre estos dos mundos. “Recuerdo”, cierra el libro, un tierno poema que con nostalgia nos habla del amor, de la ausencia y de la esperanza.

“Echando raíces en el mismo paisaje”, es una selección literaria que, nosotros, madre e hijo, preparamos con mucha dedicación y gran entusiasmo para, con nuestra creación, contribuir a este gran desafío de promover el buen hábito por la lectura y la difusión de libros que fortalezcan nuestra identidad cultural y sea de edificación para la sociedad.

Los autores.

*ECHANDO RAÍCES
EN EL MISMO PAISAJE*

Esther Lilia Leal Vera

EL MILAGRO DE UN SENTIMIENTO

*...y dices que solo cuando
perdemos a una persona
recién la valoramos...*

Meses atrás, ambos habían sido ejemplo de una buena relación entre compañeros, para todos los estudiantes de la Facultad de Educación. Los unió sus principios morales comunes y su misma manera de pensar. Fueron días bonitos donde no sólo se llevaban bien dentro del salón de clase, sino que en cualquier otro lugar. A medida que crecía la confianza en ambos, iban contándose sus secretos más íntimos como, por ejemplo, el tipo de compañero o compañera del aula que les gustaba. Todo fue armonía y respeto por un cierto tiempo, ya que posteriormente empezaron a discutir de tal manera que cada día se hacía insoportable la estrecha cercanía entre ellos. Hicieron su aparición, también, las humillaciones que cualquiera de los dos se infligía, aprovechando la mínima ocasión que se presentaba. Ninguno de ellos quería reconocer que estaba equivocado o que tenía razón. Las disculpas dadas a cada rato, por cualquier discusión, se hicieron rutinarias. Sin embargo, todo acabó cuando por iniciativa propia se distanciaron y se juraron a sí mismos no hablarse nunca más. Pero el destino no habría determinado aquello.

Lucy y su madre Marisol Reyna llegaron un jueves a las tres de la tarde a la casa que desde más de año llevaba un enorme letrero pegado en su dintel:

se vEndE (rason aQui)

Fueron los Suárez Cruz, los primeros en acercarse a saludarlas y en prestarles su cocina de primus, sus ollas y platos, para que ellas comieran. La señora Reyna había cometido la imprudencia de venirse en taxi junto con su hija, sin prever que el camión donde venía su esposo, demoraría toda una semana en llegar con las cosas de mudanza. Poco después don Julio le diría a su mujer que su demora se debió a un desperfecto en el motor. Se habrían visto obligadas a comer la mala comida del mercado, si doña Rosita no les hubiera ayudado. Aquellos siete días, fueron los más eternos para la familia Suárez Cruz, pues, aparte de cocinar con leña, se turnaban para comer en el único plato que había por el momento.

Llegado el mediodía, el sol radiante desapareció de la mirada de todos los concurrentes; hizo su aparición un cielo despejado que dejaba ver un hermoso arcoíris, el cual permitía salir de sus orillas una gran cantidad de tórtolas. Estas avecillas lograron formar un círculo alrededor del clavel y entonar un himno a la alegría. César Cervantes, basado en su dulce melodía, tiempo después, escribiría la letra.

Muchos de los invitados creían estar soñando despiertos. No podían salir de su asombro, pues todo era tan irreal y fantástico.

– Dios ha logrado este milagro –dijo Lucy, jovencita que siempre paraba callada.

Elicia, joven madre de dos mellizos, no le respondía. Parecía haberse ido a otro mundo. Lo difícil de creer, es que ella no volvió a acordarse más del clavel que hace mucho tiempo le había regalado a Pipo.

Martín adquirió cierto temor al jardín de Pipo. No podía explicarse por qué solo en esa pequeña extensión de terreno podían crecer flores de diferente variedad. Además, para asombro suyo que, en medio de estas flores estuviera siempre un clavel lozano y lleno de vida todas las veces que había tenido la oportunidad de verlo.

– Oye huevón, ese jardín está embrujao –le decía Martín a Cárdenas.

– No digas cojudeces.

– Entonces huevón, cómo te explicas que cuando miras ese clavel transmita una rara felicidad.

La pasión por las flores en Pipo no fue herencia de familia ni tampoco una enseñanza inculcada de niño. Nació cuando no tenía dinero. Fue en la época en que su madre se encontraba delicada de salud, y le resultaba costoso comprar flores todos

los días cuando iba a visitarla al hospital. Por eso, desde mucho tiempo, varios estudiantes sabían que él las cultivaba en su casa. Pero nunca imaginaron, ninguno de ellos, que en un terreno de ocho metros por seis, estuvieran todas las variedades de flores existentes en todo el mundo.

La aparición del clavel en el jardín, fue un regalo hecho por una estudiante de botánica, sabedora de su predilección por tener uno de éstos. Ella le obsequió bajo el pretexto de haber aprobado el curso de quechua. En efecto, Pipo salvó de milagro dicha asignatura.

Pipo vivía en la calle Manco Inca, y todos sus amigos del barrio todavía no le llamaban “le donucor”. Era un muchacho de sentimientos nobles, idealista y un poco amargado.

El día nació con un sol radiante. Una bandada de palomas africanas trinaba cerca del techo del hijo consentido. Fue necesario aquel barullo para que él se levantara.

“Hasta que el sol llegue a su ombligo, recién sale de su cuarto” –decía su madre a todo aquel que se acercaba temprano a preguntar por él.

Una vez despierto, un poco soñoliento, cruzó la puerta del comedor, la cual conducía al pasadizo. En el camino presentía que algo extraordinario iba a ocurrir. Al llegar al corral de la casa, se dirigió presuroso al jardín. Se quedó absorto. Vio como

el clavel rosado resplandecía de manera celestial.

“Rosas, orquídeas, tulípanes, camelias, lilas, gladiolos, hortensias, jacintos...” –Le decía Elicia, estudiante de botánica, a Martín quien se arrepintió de haber insistido tanto en saber las variedades de flores de aquel lugar.

– Pero él me dijo que era para su prima.

– ¡Qué cojudo eres!

– Ahora que sepan la nota, te van a llamar El cornudo.

– No, le vamos a decir “Le donucor” –Añadía un muchacho moreno y de contextura atlética, muerto de risa.

Las flores cultivadas por Pipo eran obsequiadas, por él mismo, a su gran amor Vamli. Fue ella quien le hizo sentir las ganas tremendas de vivir y de perdonar todas las ofensas del prójimo. De allí que, con gran sufrimiento, llegara a perdonar a un compañero de estudios, la osadía de regalarle flores de su propio jardín a su amada eterna. Aunque la amaba secretamente, pues era de carácter tímido para decirle, como tantas veces, solo en su dormitorio, lo había dicho: ¡te amo!

Cada ramo de flores iba a parar a las manos de Vamli por intermedio de su amiga Esther, quien se las ingeniaba para que ella no sospechara cuál era su procedencia. Aunque Vamli era plenamente consciente de que esas flores las enviaba un hombre, jamás se interesó por averiguar cómo se llamaba.

“Después de todo –decía ella– a una bella mujer nunca le faltan admiradores que le obsequien flores”. A través de aquello, Esther fue la primera en saber que Pipo estaba perdidamente enamorado de Vamli.

Nunca supimos si era verdad aquella historia, que ahora se había propalado, con la muerte de Pipo, por todo el pueblo, que el ángel que cierta noche le habló a éste, era Santos. Según decían, cuando Santos vivía en la tierra como todo muchacho de buen corazón no le gustaba abusar de los débiles ni tampoco jugar con los sentimientos de las jóvenes, quienes con solo verlo se enamoraban perdidamente de él.

Sin embargo, Santos, a pesar de saber que las mujeres lo amaban locamente, jamás se aprovechó de ellas. Por eso, el Señor en recompensa a su sacrificio y virtud, un día, mientras dormía en la casa de Pipo, lo llamó para que obrase el bien por toda la tierra. Todo ocurrió cuando había empezado a quedarse dormido, oyó una voz imperiosa que le decía “ven a mí”. Él obedeció aquel mandato, pues pasó por el comedor y corredor de la casa. A medida que llegaba al jardín iba ascendiendo, hasta desaparecer en el cielo, completamente transformado; su polo rojo y pantalón azul se convirtieron en una túnica blanca, mientras las zapatillas que llevaba puesto, se volvieron en sandalias doradas. De su espalda salieron dos enormes alas de ángel. Una vez en el empíreo se olvidó para siempre de sus familiares y de toda la gente que conoció.

Pipo, durante muchos años, no le perdonó su repentina desaparición sin despedirse de él; además, hasta el último día de vida, pensó que se había ido al Japón, en busca del amor de una muchacha llamada Laura. Lo extraño de todo es que los familiares de Santos jamás preguntaron por él.

Tocó de puerta en puerta, invitando a su casa para celebrar el gran acontecimiento de su gran tesoro. Muchos vecinos lo tomaron como una broma de mal gusto. Otros, en cambio se preguntaban a sí mismos de quién de los Suárez Cruz era “el gran acontecimiento”. Los pocos que creyeron tratarse de un cumpleaños, sabían muy bien que ni doña Rosita, ni don Francisco y, aún en el caso extremo que Pipo fuere “el tesoro”, cumplían años el 18 de septiembre.

Cualquiera de nosotros pudimos notar, desde lejos, que Pipo era completamente feliz. A pesar que, su nariz de gavilán y su boca marchita dijeran todo lo contrario.

Doña Rosita lo envió al mercado a comprar cosas para festejar dicho milagro. Caminaba apresuradamente llevando dos bolsas grandes.

En el mercado encontró a sus nuevas vecinas, las cuales provenían de Chimbote. Ellas al verlo con sus bultos, decidieron ayudarlo, aún en contra de su voluntad. Posteriormente Cárdenas y Martín, quienes paraban en las

esquinas fastidiando a las muchachas del barrio, contribuyeron a cargar los bultos de las nuevas vecinas. En realidad, no querían desaprovechar la mínima ocasión para fastidiar a Lucy, quien era inmune a sus piropos y galanteos.

A medida que el clavel crecía, Pipo alborotaba a su madre, la cual lo mimaba y le complacía todos sus caprichos. Como hijo único del matrimonio Suárez Cruz, la madre, una mujer de edad madura y voz ronca, le ofreció organizar una fiesta para celebrar tan grandioso milagro. Asimismo, ella sabía de antemano que aquel clavel estaba íntimamente vinculado con la promesa que su hijo había hecho a un ángel de Dios. Fue un día antes del año nuevo, cuando a medianoche Pipo despertó asustado, repitiendo como sonámbulo: ¡Santos, Santos! Doña Rosita lo consoló con una taza de chocolate. Él le confesó a su madre que un ángel parecido a su amigo Santos le ordenó que a partir de ese día regara en forma de señal de la cruz el clavel obsequiado por Elicia, y cuando resplandeciera cada uno de sus pétalos, habría llegado el momento de contarle su tallo y de darle a su mejor amiga.

A las cuatro de la tarde, bajó Pipo de una combi, elegantemente vestido de terno azul, corbata roja y zapatos negros. Un año después, vendría vestido de igual manera: sería para celebrar el cumpleaños de Vamli.

Tocó con cierto temor una de las puertas de la calle Las Begonias, muy conocida por todos los lugareños, pues se hallaba al costado del colegio Antenor Orrego.

Abrió la puerta una muchacha de piel morena, ojos color café, cabello ondulado, rostro melancólico. Vestía blusa plumiza, pantalón negro y zapatos marrones. Se llamaba Esther Leal. Era muy conocida por todo Laredo, porque se llevaba bien con todo el mundo.

Pipo sintió que en su rostro le salpicaba agujas de vergüenza y que las palabras se desvanecían. Después de tanto tiempo de permanecer distanciados, ambos se habían hecho la promesa de no hablarse nunca más. Pero allí estaba él con su clavel en la mano, y ella mirándolo asombrada por la vestimenta que llevaba puesto, incapaz de cumplir su promesa de tirarle la puerta en la cara. Sin embargo, Pipo decidió romper el hielo y el temor de mucho tiempo. Le entregó con gran decisión el clavel. Dicho obsequio sería el retorno de un valor humano trascendente. Treinta años después Pipo diría a su hijo Paquito Cruz, en su lecho de muerte, que el clavel simbolizaba la reafirmación de la amistad.

Esther profundamente emocionada recibió el rosado clavel, y le dijo que pasara a sentarse en uno de sus muebles. Él puso de pretexto que tendría que marcharse pronto, puesto que había ofrecido a su madre acompañarla al dentista. Sin embargo, ella

interpretó aquella negativa de un modo distinto: “Me tiene miedo”, pensó.

Era el clavel más hermoso que había visto en sus veintitrés años recientes. La magia inefable de cada pétalo que lo formaba y la fragancia de su perfume, producía la rara felicidad que días antes dijo Martín. El olor del clavel se extendió por toda la casa, pues Vicky que estaba bañándose, al fondo de la casa, creyó que era el rico aroma de su jaboncillo.

Cuando Pipo se marchó, ella corrió inmediatamente a poner el clavel en una jarra de agua, antes que se marchitara. En el trayecto pisó la cola del gato Oscar, quien dio un tremendo maullido de dolor. Asimismo, en su despavorida carrera, casi estuvo a punto de despanzurrar uno de los conejos de su hermana Vicky. Ésta, airada al verla desde la tina, le dijo que mejor su flor la pusiera en el cilindro de agua para que de una sola vez se ahogara.

Mientras esperaba combi en la avenida Marcelo Ruiz paralela a la calle Las Begonias, Pipo recordó que antes de despedirse de Esther, le había dicho emocionado: “feliz cumpleaños, hermanita”.

QUERUCITO

Cuando Querucito Dediós empezó a vivir en la calle César Vallejo N° 230, originó un alboroto inmenso en todo el vecindario de la comunidad Miramar. ¡Qué hermoso muchacho ha llegado! ¡Cómo quisiera que él fuera mío, mío! ¡Qué churro! ¡Es un papacito! ¡Qué lindo! ¡Qué guapo es! ¡Lo amo!, eran las expresiones que dejaban escapar los labios de las muchachas del barrio; quienes lo esperaban comiendo ansias en las puertas de las tiendas o en las bancas frías de la plaza. Lo veían profundamente emocionadas, con el corazón palpitando y llenas de alegría. Todas las adolescentes miramenses, de trece a diecisiete años, sintieron por primera vez las locuras impensables del amor. Por amor lloraron amargamente en las sombras de sus cuartos, por amor se alegraron como un niño que recibe un juguete deseado durante tanto tiempo, por amor quisieron llenar el vacío de su soledad infinita, por amor intentaron arrojar en los brazos del bravo mar, por amor escucharon canciones llenas de mentira y melancolía, por amor escribieron poemas saturados de romanticismo.

Este nuevo sentimiento era como un ave rapiña que apretujaba violentamente sus corazones de papel. Sin embargo, como milagro de su llegada, los jardines de la comunidad parecieron vivir una primavera eterna, pues

durante todos los meses que se quedó, habían rosas rojas y gladiolos de colores inefables. Nadie, incluso cuando vivía Mónica Reyna, supo cómo aparecieron erguidas de resplandor en los jardines de las calles que habían sido visitadas por él. También, como milagro de su venida, las veredas del pueblo empezaron a quedar limpias y las muchachas empezaron a sonreír a todos los transeúntes e incluso a Gonzalo Leal, el joven que perdió el sentido de la razón desde que Esther Vera, su amor de juventud, se fue tras los pasos de un hombre, indiferente a su amor.

No se supo el lugar y la fecha exacta en que los padres de Querucito hicieron las primeras conversaciones para comprar aquella casona colonial; la cual muchos vecinos la quisieron, pero por su elevado precio espantaba a todo comprador. Lo que se sabía, era que en la época de Leguía cuando el país vivía apariencias de bienestar y progreso, la casa ya estaba construida. Los actuales dueños desesperados por huir del país, puesto que la caída del presidente, persecución y huida del asesor presidencial, descubrimiento de cuentas de lavado de dinero en bancos suizos, asunción de nuevo mandatario o la rebelión de un general del ejército originaban que la inestabilidad y pobreza crecieran de manera desmedida. La gente reflejaba por doquier una pobreza extrema, muchos vendían sus pertenencias para ir a trabajar fuera del territorio nacional. La Navidad tenía sabor amargo para los pobladores trujillanos, y más aún para los de Miramar; pues los panetones

de marcas de prestigiosa calidad no podían ser comprados a pesar que costaban solo más de la mitad que el año anterior.

Para los señores Salinas fue un milagro del cielo que apareciera un comprador, en aquellos momentos, cuando estaban ya resignados a venderla por la mitad de su precio real. El papá de Querucito compró aquella casa que estaba condenada a seguir siendo tantas veces ofertada y a no ser comprada nunca jamás. Ningún poblador supo, incluso cuando murió Mónica Reyna, su verdadero valor. Dos meses después en el colegio César Vallejo su hijo escribía, ha pedido de su profesora de Literatura, una biografía de su padre. En el papel escribió que tenía cincuentaún años de edad y que era comerciante de productos agropecuarios. Que era una persona respetuosa y responsable, y que desde pequeño le enseñó a ser honrado y cumplir con sus obligaciones, mediante el ejemplo. Afirmaba no recordar haber oído mentira alguna de sus labios, pero sí, cuando tenía siete años, que su padre había peleado con su madre. No supe qué sucedió, pero lloré por el susto. Al día siguiente, mi padre que acostumbraba a levantarse temprano se acercó a mi cama, me abrazó y me pidió disculpas. Prometió que nunca más iba a pelearse con mamá. Hasta ahora ha sabido cumplir su promesa. Después supe que fue por causa de otra mujer. Él es una persona muy seria en sus obligaciones y responsabilidades, pero casi nunca fue expresivo conmigo, jamás sentimos afecto en una sonrisa, una palabra cariñosa o

un abrazo, lo cual hubiera sido un triunfo para nosotros, pero ahora es más comunicativo y cariñoso. Nos hubiéramos quedado a vivir para siempre en Yamobamba, si la maldad y el egoísmo no se hubieran hecho presentes. El primero en morir fue mi querido gato Eustaquio, siguieron Chuspi, Jantias, la Negra (recuerdo que lloré mucho por mis perros) y los demás animales: gallinas, caballos, vacas, carneros...

Mi padre fue impasible ante la muerte de los animales, e hizo la promesa delante de nosotros que nunca vendería así se quedara en la calle. Sin embargo, cuando murieron mis hermanitas, Nelly y Roxana de un mal desconocido, tuvo que dar su brazo a torcer, pues con gran tristeza tuvo que rematar sus grandes extensiones de terreno a muchos de sus amigos y enemigos. Por primera vez lo vimos resignarse y dar la razón a la vieja curandera María Xandoval, que le había pronosticado cada uno de lo sucedido. Mamá fue la única que se despidió con profunda tristeza de la tumba de sus hijas, de su casa y de cada uno de sus vecinos. Pareciera que esos malos momentos doblaron desmesuradamente sus años, pues cuando llegamos a Miramar parecía una anciana septuagenaria. Recuerdo que fue mi tío Adelmo Cruz quien nos recogió con todos nuestros enseres.

Fue Rocío Aguilar quien primero vio al muchacho de pelo amarillo y tamaño prominente; nada común en los hombres de la comunidad, cuando él se iba a comprar en el único bazar

que existía en el pueblo. Nunca creyó que el buen Dios le cumpliera, después de tantos años, su sueño de niña de quince años. Ver a un joven tan diferente a los demás, pero a la vez tan bello, y dulce. Se quedó con el corazón palpitando de emoción cuando el muchacho le dijo con una sonrisa inocente: “Hola, vecinita”. Sintió que el cielo se hacía pedazos encima de su cabeza, pues muchas veces le habían dicho aquella palabra, pero no le había parecido tan delicada y bonita a la vez. Fue también ella la primera que adquirió la costumbre de barrer durante tres veces consecutivas, sin saber por qué, hasta que comprobó que lo hacía igual que sus demás vecinas, pero con la complicidad acordada intuitivamente que ninguna sabía sus ansiados secretos. Aunque ellas se engañaban, pues, sus nuevas costumbres eran sabidas y comentadas por todas las mujeres maduras del pueblo.

Pasado dos semanas, durante una de las noches en la calle Vallejo, alguien escribió: Desde que lo vi por primera vez, sentí algo muy especial que sucedía dentro de mi corazón, me atrae, me gusta su mirada tierna, me enloquece. El amor que nació en mí es muy especial, quisiera hacer locuras por él y decir a todos quienes me conocen que amo a Querucito. Sentiría morir si lo viera conversando con otra, pero al final yo sé que le gusto. El sentimiento que siento por él, nada ni nadie podrá impedir que lo ame con locura. Lo tengo en mi mente y no pensé que el amor pueda ser tan hermoso, pero tampoco

imaginé que este sentimiento noble es tan cruel, tan amargo y doloroso.

Había muchachas decididas que enviaban sus confesiones escritas en papel (las cuales terminaban con un corazón atravesado por una flecha) a la casa de los de Dediós Cruz, sin importarles que la madre de Querucito las leyera. Sin embargo, había muchachas tímidas que tenían miedo enviar sus cartas. Todas las noches en sus dormitorios sufrían crisis amorosas de celos y odios reprimidos, ya porque Querucito había sonreído a Pamela Gutiérrez o no le había visto con su vestido floreado o con su vincha celeste incrustada en su pelo, arreglado frente al espejo durante varias horas. Lloraban y se quejaban amargamente con sus almohadas, a quienes besaban, mordían con locura pensando que era la boca y cuello de Querucito; parecían ser las únicas confidentes que estaban obligadas a oír y soportar sus desgracias amargas. Por eso era común saber que aquellas hojas arrugadas y mojadas con lágrimas de enamoradas desilusionadas tenía un comienzo común: “...ha nacido un sentimiento tan bonito dentro de mí. Es algo que no lo sé explicar. Yo creo que es amor. Cuando te miro mi corazón late apresuradamente, me pongo muy nerviosa cuando tú me hablas, siento una alegría inmensa que invade mi cuerpo, sueño contigo. No sé si tú sientes lo mismo por mí. ¡Oh, mi amor!, quisiera morir rendida en tus brazos...” Dichos papeles tuvieron diferente destino.

Por otro lado, los enamorados de las muchachas le agarraron un odio tremendo a Querucito. La mayoría de ellos creyó que sus prometidas se encontraban con ellos por casualidad, únicamente, en el altar frente a la plaza. Quien se dio cuenta del engaño fue Amador Matos, que observó que todas las chicas que acompañaban a sus amigos en ese lugar lo hacían porque Querucito se iba a la iglesia el “Buen Pastor” con sus padres. Ellas también empezaron a creer como nunca en Dios, a pedirle que algún día irreal les concediera el destino feliz de ser la única esposa del hijo de los Dediós. Empezaron a andar impecablemente y a utilizar chicles de infinitos sabores.

Querucito a pesar que sabía que todas las mujeres de su pueblo se morían por él, jamás dejó de pensar en ella. Nunca pudo olvidarla a pesar que Dámaris siempre lo rechazó, por más que le aceptó todos los regalos: cartas, flores, peluches, chocolates, libros, etc. Ella nunca le dijo que lo amaba, pero siempre por sus actos le pareció que sí. Esperó nueve largos años que algunos de sus obsequios surtieran efecto en ella y lo aceptara, pero cansado y sin esperanzas, no solo de amor sino de todos sus sueños bonitos, no puso ninguna objeción a su madre cuando le dijo que tenía que marcharse a otro lugar. Solo el recuerdo de Dámaris lo acompañaba por el camino de nunca acabar que atravesaba abismos infinitos o túneles sin fin. Quiso regresar y volver nuevamente a insistir, tal vez ahora sí lo aceptara.

ANHELO AMARTE

Escribir
aquello impredecible del amor
y lo que se deja al partir.

Decirte
por qué es bello amar
y miserable sufrir.

Besarte
y sentir de tus labios tibio calor
como tu profunda pasión.

Sentirte
como a los latidos de mi corazón
y llena de melancolía rezar por una ilusión.

Llorar
porque aspiro un poco de tu vida
que llene el vacío de mi soledad
para no tener que suspirar.

Ahora voy a soñar
que existe un paraíso para los dos
donde invadiré tu corazón
y lo haré prisionero de mi cariño.

BUSCÁNDOTE

Entrañablemente te busco
en todos los rincones
de mi vida,
te encuentro y te digo:
Te conozco.

Recorro mi tiempo
apenas pasado contigo,
reposo a tu lado
para decir tu nombre.
te ansío a la distancia
aún, cuando niegas mi posibilidad de amarte.
En esta tarde,
replico a los cuatro vientos:
Te extraño.

Deja que tus sentimientos
de amor afloren,
déjame besar tus labios
hasta encontrar mi nombre
y sentir en tu pecho
los latidos de mi corazón:
Te siento.

Aunque quieras negar mi posibilidad de amarte,
no podrás negar que ya soy
parte de tu sueño:
Te amo.

DELIRIO DE VERTE

No estás.
Estoy buscándote
tantas veces
como antes.

A partir de hoy;
¿dónde andas,
en qué casos,
en qué cansados trajinares?

Te he buscado tanto
como después en adelante
como mañana
a un mes, a un año.

Has de estar escondido
entre las orillas,
de esta noche
de menguante
abrazándote, mirándote
o hablando contigo
mismo y,
no te encuentro.
Esta noche he salido a encontrarme.

DESEANDO

Quisiera imaginarme esta noche a tu lado,
y besándote decirte que te amo.
quisiera mirarte y sentirte enamorado de mí,
flotando en silencio en un deseo sin fin.

Quisiera esta noche acariciarte como antes
y jurar que jamás volveré a herirte.
quisiera encontrarte y vivir solo para ti,
entregándote la felicidad que ayer te di.

Quisiera ser dueña de tu amor,
dime cómo hacer para volver junto a ti,
sabes que yo arrepentida estoy
sin ti no existo y te amo cada día más.

ESPERANZA

Te esperaré frente a la pileta
de la plaza colorida
donde creció mi amor cristalino:
recordaré tu sonrisa enamorada
en aquella tarde de mi aparente sosiego,
triste.

Iluminaré con el brillo de tus ojos negros
Las tinieblas de mi corazón adolorido;
Con tus ensortijados cabellos negros,
ataré mi corazón a este pasado,
añorado y sublime.

La brisa que mece tiernamente el alba,
indescriptible,
cómo se mecía tu cuerpo con el mío,
me permitirá salir del letargo indeseado,
como despierta de mi embeleso
el tañido de tristes campanas.

Este día he sentido
tu voz susurrante junto a mi oído,
como el beso tierno
que hubo calado en mi cerebro,

y tu apacible ternura enamorada
se confundirá como el remanso hídrico
que por mis mejillas se deslizan.

Sentiré tu tibio aliento
en mis labios adormecidos
que guardan palabras tiernas
y eternos sonidos de besos enamorados;
recorreré cantando por la montaña,
evocando mis besos al deslizarse
por tu apacible morfología,
encantada.

Llenaré el vacío con tus sonrisas tiernas,
y curaré mis heridas
con tus lágrimas unidas a las mías;
para dar vida a este amor puro,
dándome esperanza y anhelo de seguir con vida
y con nuestras sonrisas aún enamoradas.

Te esperaré en aquel lugar
triste de nuestra despedida.

NO DIGNO DE IMITAR

Esta representación dramática está sustentada en la realidad social y educativa de nuestra hermosa provincia andina; pues, nosotros somos partícipes y observadores del desarrollo de esta problemática.

ARGUMENTO.- En el pueblo de Tayabamba, es muy frecuente que las personas tomen bebidas alcohólicas en exceso. A tal punto de llegar a adoptar una conducta denigrante tanto en su hogar, en la comunidad y en su centro de trabajo.

El señor Abstemio, profesor tayabambino, acostumbrado a celebrar con mucho celo religioso sus fechas patronales; además, es de esas personas hipócritas que pregonan y aparentan ser moralistas e incorruptibles, pero sus acciones y modo de vida demuestran todo lo contrario.

I ESCENA - EN LA CALLE

Cierto día el profesor Abstemio se dirige a su centro de trabajo en el colegio “Santo Toribio” y llegando a éste se encuentra con un amigo, quien le saluda y le hace recordar que ya empezaban las fiestas patronales de San Martín de Porres.

El amigo le invita a dar inicio e irse a tomar unos cuantos tragos. El profesor le dice que tiene que trabajar.

AMIGO (Faustino): ¿Y desde cuándo tú muy cumplido? Además, eres primo del director. De seguro no te va a decir nada.

(Y se van juntos. El profesor falta al dictado de sus clases)

II ESCENA – EN LA CANTINA

Luego que Faustino logra convencer al profesor Abstemio, se dirigen a una cantina del barrio chino donde son atendidos por la señorita Lupita.

III ESCENA – EN EL COLEGIO

Al siguiente día, después de haber bebido licor hasta las últimas consecuencias y haberse dado una tranca de esas de “Ya viene el fin del mundo, vamos a gozar”. El profesor Abstemio llega al colegio con una hora de retraso; y tal y conforme se acostó, se levantó de la cama, todo legañoso y con tufo de olor a Cienfuegos.

Al ingresar al colegio se encuentra con el Director, que es el profesor Justísimo, quien le increpa por su tardanza, su desastroso aspecto y el estado en que se encuentra. La secretaria, doña Teresa, intenta ponerle falta. Pero como el director es familiar suyo y tiene cola de paja, pasa por alto esos

detalles, y el profesor Abstemio se dirige a su aula, como si nada.

Mientras tanto a un costado dos profesoras, Prudencia y Candelaria, comentan acerca de las acostumbradas negligencias del profesor y el favoritismo del director.

IV ESCENA – EN EL AULA

En un ambiente ensordecedor de bulla y desorden, los alumnos impacientes y aburridos esperan al profesor Abstemio en el salón de clases. Los más aplicados lo hacen con ira y aburrimiento, pero aquellos negligentes lo hacen con mucho agrado.

Alumno Mateo: El profesor ya no viene, ya son casi las nueve.

Alumna Silvia: Ni esperanzas, anoche lo he visto tirado por la calle, completamente huasca.

Alumna Yamily: Ya no llama la atención, eso es costumbre en él.

Alumna Luisa: Y después viene todo asado de frente a jalar.

Alumno Mateo: Pero nosotros somos los perjudicados, porque así no aprendemos nada. El curso del profesor es muy importante.

Alumna Luisa: Él también da lástima, porque si sigue así va a acabar como el “Cancha salada”, y tal vez, hasta muera de cirrosis.

Alumno Mateo: ¡Pobrecito! Él me hace recordar a mi papá, ya que tomaba mucho y no le importaba nada, hasta que un día amaneció muerto, ahogado en la pileta de la Plaza de Armas.

En esos momentos, entra el profesor todo serio, con un aspecto desafiante y amenazador.

ABSTEMIO: ¡Cállense! les voy a dar una práctica con cincuenta ejercicios y eso vendrá en la prueba de mañana.

Alumno Alfonso: Pero, profesor, mañana tenemos prueba de Lenguaje.

ABSTEMIO: ¡Y a mí qué me importa! ¿Cuál es más importante, Lenguaje o mi curso? ¡Ustedes acaso no saben hablar! ¡Eso es lenguaje! ¡En cambio Química, es ciencia, es futuro!

Alumno Alfonso: Pero, así como nos enseña vamos a salir jalados. Ni siquiera nos explica los temas.

ABSTEMIO: ¡Silencio! Si no quieren salir jalados vayan engordando con tiempo ya, los cuyes y los pavos. A ver, ¿en qué nos hemos quedado?

Alumna Yamily: Solamente tenemos una hoja de clases en el cuaderno, profesor. Es que usted ni siquiera viene a clases y, cuando viene, llega siempre tarde.

V ESCENA – EN SU HOGAR

Luego, en el hogar del profesor Abstemio, allí lo espera su esposa y sus dos hijos. Ella le sirve la comida y ... mejor veamos lo que pasa.

DOLORES: Abstemio, no he tenido plata para el mercado y solo he cocinado arroz con huevo.

ABSTEMIO: Para esto me mato trabajando, para que me sirvas siempre esta cochinada.

DOLORES: ¿Y qué quieres? Los cien soles que me das para todo el mes no me alcanza para comprar carnes. Tremenda cuenta que tengo en el mercado que ya me da vergüenza fiar.

Hijo Mauro: ¿Por qué mi papá será así? ¿Nunca pensará cambiar? Es un irresponsable.

Hija Dalila: Es caso perdido. Siempre peleando con mi mamá. Es un borracho abusivo.

Hijo Mauro: Un día de estos le voy a faltar el respeto. No me gusta verlo gritarle a mi mamá.

Hija Dalila: Si esto es un matrimonio, yo nunca quiero casarme. Pues los hombres solamente sirven para mandar y golpear a sus esposas.

El señor Abstemio golpea a Dolores, delante de sus hijos. Ella llora, entonces los adolescentes intervienen en defensa de su madre y el señor Abstemio sale muy molesto con dirección a una fiesta social para divertirse como es su costumbre.

VI ESCENA – EN EL CLUB DEFENSOR

Ahora veamos cuando el profesor Abstemio llega todo eufórico y con ganas de divertirse en la fiesta. Allí se encuentra con amigos y empieza a beber licor. Luego invita a una invitada a bailar y se arma la jarana.

Allí se encuentra y se saluda con un padre de familia, quien le reclama por qué lo había jalado a su hijo si éste era uno de los alumnos que más destacaba en su aula.

VALENTÍN: Lo que pasa es que está usted envarado con el director.

ABSTEMIO: ¡Oye, analfabeto, a mí nadie puede hacerme nada! Yo tengo más de veinte años de servicio docente y muy pronto seré el nuevo director de la UGEL-Pataz.

VALENTÍN: Ni que estuvieran locos para que lo elijan a usted. No puedo creer que haya tanta injusticia y corrupción. A usted deberían descontarle en su sueldo y hasta botarlo del colegio.

Cuando están a punto de golpearse, los asistentes los separan y el profesor continúa bebiendo.

Estando con sus amigos siente un fuerte dolor en el vientre que le hace perder el equilibrio y cae desplomado al suelo. Sus amigos lo socorren y lo llevan de inmediato al Centro de Salud de Tayabamba.

VII ESCENA – EN EL CENTRO DE SALUD

Luego del incidente en la fiesta, el profesor Abstemio es llevado por su único amigo Faustino al Centro de Salud, al que llega inconsciente.

Sobre una camilla del Centro de Salud, el profesor Abstemio se encuentra desmayado. Avisan a su esposa y ella llega muy desesperada y llorosa, junto a sus hijos.

DOLORES: ¿Doctor cómo está mi esposo?

MÉDICO: Muy mal.

DOLORES: ¿Qué tiene?

MÉDICO: Es demasiado tarde. El señor tiene cáncer al hígado muy avanzado, y ha sufrido un estrangulamiento hepático con hemorragia interna.

DOLORES: ¡No puede ser!

MÉDICO: Su esposo, señora, está agonizando.

(La señora grita y llora desconsoladamente).

DOLORES: ¿Qué va a ser de nosotros? Nos quedaremos completamente desamparados.

HIJO: Mi papá tenía un estilo de vida desastroso.

HIJA: El alcohol lo ha matado. ¡Oh, mamá! ¿Qué vamos a hacer?

DOLORES: Tendremos que salir adelante, solos.

VIII ESCENA – EN EL VELORIO, RUMBO AL CEMENTERIO

Ya en el velorio, después de la trágica y repentina muerte del profesor Abstemio, sus familiares, amigos y compañeros de trabajo, llevan el ataúd a darle cristiana sepultura.

La señora Dolores y sus hijos: Mauro y Dalila protagonizan escenas desgarradoras de profundo dolor y desconsuelo.

La tristeza y la angustia invaden a todos los presentes.

Alex Gonzalo Arangurí Leal

EL CÁRNERO Y EL CÓNDOR

(Fábula)

Cierta vez, un cóndor volaba por los aires de una chacra de Tayabamba. El cóndor vio un rebaño de carneros y se dio cuenta de que un carnero, el más pequeño de todos, estaba alejado de su rebaño.

El cóndor rápidamente se acercó y se posó sobre el árbol más cercano y le preguntó al carnero:

- ¿No te sientes solo, alejado de tu rebaño?

El carnero le contestó:

- Nunca me ha gustado estar con ellos, pues son muy aburridos y no me toman en cuenta ni se preocupan por mí.

El cóndor astutamente le dice al carnero:

- Acompáñame a mi cueva. Ahí comeremos rico.

El carnero decidió acompañarlo sin imaginar lo que en la cueva del cóndor le esperaba, él no sabía lo que le iba a pasar.

Al llegar a la cueva del cóndor, el carnero se dio cuenta de que los adornos que él tenía estaban hechos de lana de carnero, como los muebles, las sillas y muchas cosas más. El carnero se quitó su lana y se lo entregó al cóndor con la condición de que lo dejara ir, pero el cóndor le dijo:

- No sólo quiero tu lana, quiero comerte, pues tengo hambre-, e inmediatamente el cóndor se comió al carnero.

El rebaño echaba de menos al carnero, sospechando que el cóndor lo había comido; por lo tanto, decidieron darle una paliza al cóndor, pero éste nunca se acercó a ese lugar.

Moraleja: “Nunca confíes en los extraños y no vayas con ellos a lugares desconocidos, pueden hacerte daño”

LUCES Y SOMBRAS

Desde tiempos inmemoriales, se dice que existen dos mundos: en uno están los seres de luz que viven con normalidad, mientras el sol los abraza con sus acalorados rayos, y en el otro mundo reina la oscuridad, donde las sombras pasean con total libertad cuando la noche está en todo su apogeo. Cada mundo tiene sus propias reglas y se encuentran separados por el miedo constante a ser apoderados el uno al otro. Desde que se tiene noción de la existencia, el mundo de oscuridad siempre ha buscado la manera de encontrar una fuente de luz adicional a la que poseen para que disipe las tinieblas de su mundo, brillar más y ser idénticos a los seres de luz; sin embargo, si logran conseguirlo, ellos podrían dejar de existir o quizás no.

En el mundo donde reina la oscuridad están los Arrats, pequeños seres que se agrupan en una comunidad, viven en troncos de viejos árboles y todas las noches salen a buscar alimento. Entre todos los Arrats resaltan Dársel y su padre Altair. Un día, como de costumbre, los dos salieron a buscar pequeñas luciérnagas para alimentarse y, de pronto, en su camino habitual ocurrió algo distinto. A pesar de la oscuridad, lograron visualizar una luz rojiza a lo lejos, parecía que el sol estaba alumbrando un espacio de la noche. Sin dudar y con la esperanza de poder adquirir un poco de esa luz, emprendieron el viaje. Al llegar, vieron a un animal deforme de color rojo

amarillento que emanaba un aura caliente, no era el sol como ellos creían. Entonces, empezaron a dar pasos para acercarse cada vez más y más. Sin notarlo, los cuerpos de Dársel y Altair poco a poco desaparecían, era la primera vez que estaban en contacto con esta luz, mientras estaban envueltos en la luz comenzaron a desvanecerse.

En ese momento, Altair logró conseguir una parte del animal deforme de color rojo y sujetó a su hijo para salir rápidamente; afortunadamente, no desaparecieron. Muy emocionados empezaron el camino de regreso, Altair llevaba aquella parte del animal rojizo en las manos y su hijo Dársel lo acompañaba.

Mientras caminaban de regreso al tronco pensaban en por qué casi desaparecieron. Se preguntaban: ¿será que este animal rojo tiene un poder inmenso? ¿Es posible que nos convirtamos en seres de luz y dejemos de ser solo sombras? ¿Podríamos ser igual que los seres de luz? Tenían muchas respuestas e imaginaban qué podrían hacer si fueran seres de luz; planeaban una nueva vida mientras seguían caminando.

De pronto, Altair empieza a tener dificultades para caminar y hablar, sentía un vacío dentro de sí mismo, ya no sentía su esencia. Dársel por la emoción iba saltando y corriendo, estaba algunos pasos delante de su padre, sin querer seguía avanzando.

Pasaron algunos minutos y dejó de escuchar los pasos de su padre, entonces, asustado corrió de regreso. Dársel encuentra a su padre acostado, aun sosteniendo aquella parte del animal rojizo, agonizando en los últimos momentos de su existencia. Altair logra decirle entre susurros: “Hijo, no somos luz, somos oscuridad. Este animal me dejó vacío, ya no me siento”. Dársel vio a su padre desvanecerse y corrió despavoridamente, aún sin entender el mensaje de su padre.

Mientras corría tropezaba con muchas plantas y animales que se encontraban durmiendo por la noche que su comunicado traía. Cada vez que tropezaba regresaba a disculparse con las plantas o animales por el daño que hubiera causado al tropezarse. En cada regreso veía que no era necesario disculparse, al tocarlos los hacía entrar en un sueño profundo que ayudaba a recuperarse mejor del cansancio que tenían durante el día. Dársel, entre tantos tropiezos y en medio de lágrimas, entendió que son una oscuridad necesaria y que fue un error desear convertirse en seres de luz. Siguió caminando sin su padre, pero con una gran noticia.

RECUERDO

Quiero, pensar en mi amada
contar cómo se terminó,
aquello que más deseaba
en recuerdo se convirtió.

Eran sus ojos marrones
sus labios color carmesí,
sonrisa llena de ilusiones
y sus manos mi frenesí.

La conocí por coincidencia
las que solo se dan una vez;
ella mi hermosa penitencia
pues solo era mi entremés.

Recuerdo la última conversación
por su mejilla lágrimas de dolor;
arranqué mi alma de su corazón,
pero con ella quedó todo mi amor.

Dicen que esperar es malo,
yo aún espero por ella;
tal vez sea ese mi pecado,
querer buscarla en cada estrella.

ÍNDICE

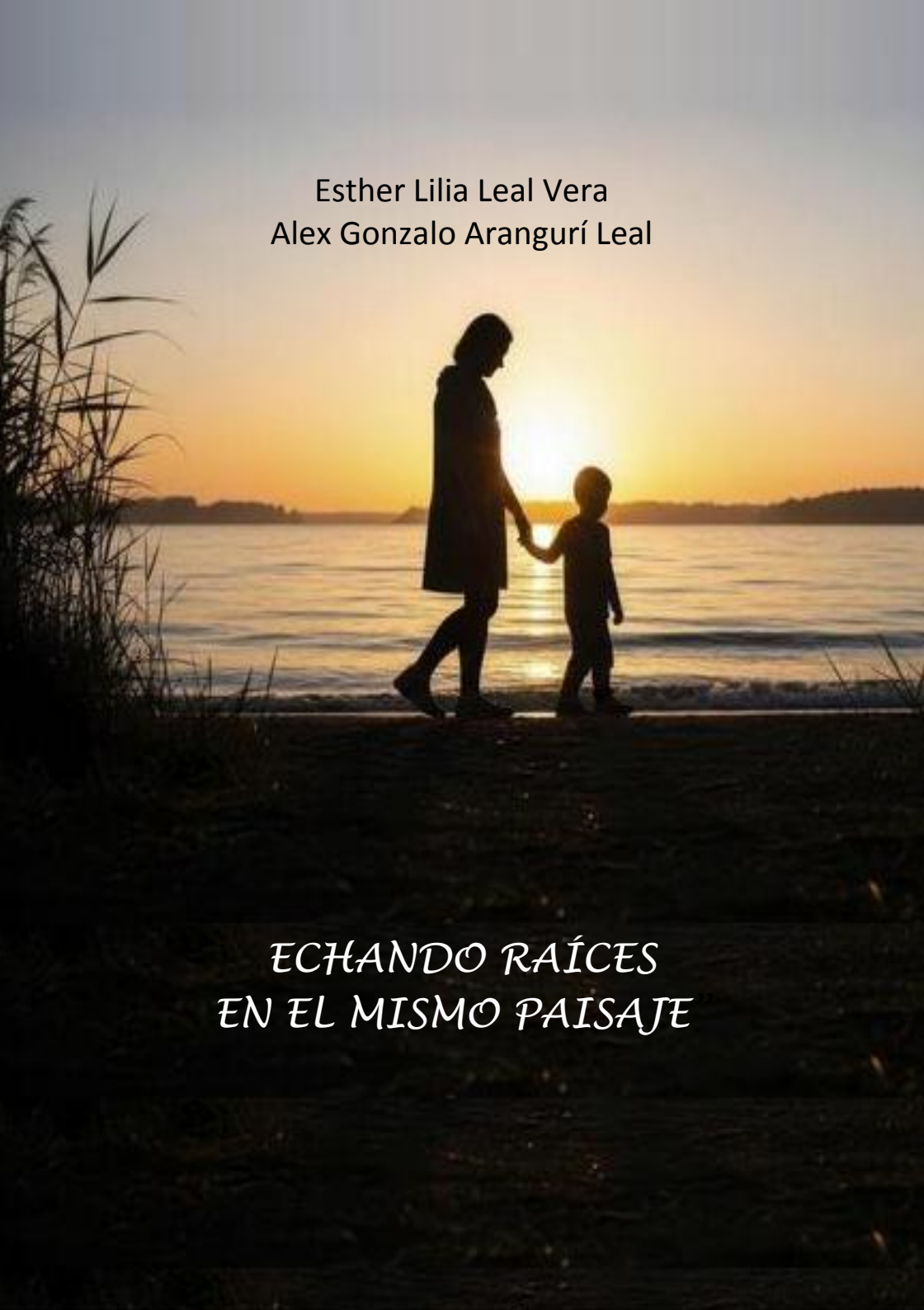
	Pág.
EL MILAGRO DE UN SENTIMIENTO	9
QUERUCITO	19
ANHELO AMARTE	27
BUSCÁNDOTE	29
DELIRIO DE VERTE	31
DESEANDO	32
ESPERANZA	33
NO DIGNO DE IMITAR	35
EL CARNERO Y EL CÓNDOR	43
LUCES Y SOMBRAS	42
RECUERDO	49

“ECHANDO RAÍCES EN EL MISMO PAISAJE”

Esther Lilia Leal Vera
Alex Gonzalo Arangurí Leal

Primera Edición:
Febrero de 2026

TRUJILLO – PERÚ

A full-page background image showing the silhouettes of a woman and a young child walking hand-in-hand along a beach. The sun is low on the horizon, creating a warm, golden glow that reflects on the water. The woman is on the left, slightly ahead of the child, and they are both facing right. The foreground is dark, with some reeds or grass visible on the left side.

Esther Lilia Leal Vera
Alex Gonzalo Arangurí Leal

*ECHANDO RAÍCES
EN EL MISMO PAISAJE*